

# CHILENOS EN ALEMANIA Y ALEMANES EN CHILE. Viaje y nación en el siglo XIX

Carlos Sanhueza Cerda



CENTRO  
DE INVESTIGACIONES  
DIEGO BARROS ARANA

## ÍNDICE

Siglas y abreviaturas	13
Agradecimientos	15
Prólogo por Horst Pietschmann	17

### INTRODUCCIÓN

<i>Viajes e identidad en el siglo XIX</i>	22
<i>El viaje y sus relatos en el siglo XIX</i>	25
<i>Dos excursos teóricos</i>	29
Construyendo naciones	29
Los relatos de viaje como fuente histórica	34

### VIAJEROS ALEMANES DEL SIGLO XIX: BAJO LA SOMBRA DE ALEXANDER VON HUMBOLDT

<i>Alemania: Reisekultur o cultura del viaje</i>	41
<i>El viaje de alemanes a la América hispana</i>	47
El viaje científico	49
El viaje pictográfico	59
El viaje de aventuras	66
<i>El discurso sobre la América hispana en Alexander von Humboldt</i>	71
América como naturaleza	74
La oriental América	79

### VIAJEROS CHILENOS DEL SIGLO XIX: DEL VIAJE CORTESANO A MADRID AL VIAJE ALREDEDOR DEL MUNDO

<i>El fin del viaje cortesano y la irrupción del viaje poscolonial</i>	83
<i>La difusión de la literatura de viajes en Chile: La influencia de Andrés Bello</i>	88
<i>Hacia una tipología de los viajes de chilenos</i>	95
El viaje de formación	96

El viaje de exilio	98
El viaje de aventuras y vicisitudes	104
El viaje de representación diplomática y gubernamental	107
El viaje al interior del país y a países fronterizos	109
El viaje alrededor del mundo	111
<i>La travesía europea</i>	112
La Europa como centro del mundo	112
La Europa viva	118
La Europa útil	121
El rol de la mujer en Europa	123
La Europa como búsqueda de los orígenes	128

UNA CONSTRUCCIÓN VIAJERA DE LA IDENTIDAD NACIONAL:  
CHILENOS AL OTRO LADO DEL RHIN

<i>Chile: ¿una nación entre lo político y lo estatal?</i>	131
<i>Chilenos al otro lado del Rhin</i>	139
<i>Alemania hedonista, Alemania idealista</i>	142
<i>La cuestión de la inferioridad americana desde Alemania</i>	149
<i>La nación chilena representada desde Alemania</i>	156
Lo propio entre lo ajeno: Chile en Alemania	158
Ante pueblos no germanos	165
Benjamín Vicuña Mackenna y la nación subalterna	170
Vicente Pérez Rosales y la nación útil	178
Isidoro Errázuriz y la nación peregrina	183

OTRA EXPERIENCIA DE VIAJES:  
ALEMANES AL OTRO LADO DE LA CORDILLERA DE LOS ANDES

<i>Alemania: ¿una nación sin estado?</i>	191
<i>Chile entre el Viejo y el Nuevo Mundo</i>	195
<i>Alemania desde la distancia</i>	206
<i>Las posiciones de los viajeros</i>	214
Eduard Poeppig y la nación desde unas taxonomías	215
Paul Treutler y la nación bajo el mundo salvaje	227

CONCLUSIÓN

<i>Experiencia de la distancia y representación de la identidad nacional</i>	240
<i>Modos de representación nacional</i>	244
<i>Chile y Alemania: dos experiencias diferentes</i>	247
<i>Bibliografía</i>	253

## SIGLAS Y ABREVIATURAS

ant.	antologador
Cfr. <i>a veces</i> cfr.	confróntese
Cia,	Compañía
comp.	compilador <i>a veces</i> compiladora
Coord	coordinador
coords.	coordinadores
DAAD	Servicio Alemán de Intercambio Académico
Dr.	doctor
ed.	edición <i>a veces</i> editor o editora
eds.	ediciones <i>a veces</i> editores o editoras
lam.	lámina
<i>op. cit</i>	obra citada
<i>ibid.</i>	Allí, en ese mismo lugar.
p.	página
pp.	páginas
recop.	recopiladores

## INTRODUCCIÓN

El presente trabajo aborda la representación de la identidad nacional en Alemania y Chile durante el siglo XIX. Su objetivo es la identificación de diferentes perspectivas de identidad nacional *desde y a través* de la experiencia de viajes. La experiencia de la distancia, un área de investigación hasta ahora muy poco desarrollada, es estudiada aquí a través de relatos de viajes, memorias, diarios de viaje y cartas de chilenos en Alemania y alemanes en Chile durante el siglo XIX. Los dos primeros capítulos abordan la historia del viaje de alemanes y chilenos, los dos últimos vinculan tal historia con las representaciones de la nación surgidas desde unas experiencias viajeras cruzadas. ¿En qué sentido conformó la literatura de viajes de chilenos en Alemania y de alemanes en Chile representaciones de identidad nacional? ¿Cuáles fueron las prácticas de alteridad que las definieron? ¿Qué categorías articularon dichas prácticas? Tales interrogantes guían el presente trabajo.

Necesario resulta destacar en qué sentido, al estudiar representaciones de identidad desde experiencias de viajes, y a partir del estudio de dos realidades históricas, en muchos aspectos diferentes, se han introducido elementos analíticos que comúnmente no se utilizan a la hora de investigar las conformaciones nacionales.

En primer término, se enfoca la cuestión de la identidad desde un aspecto no estático. Esto quiere decir que se estudian aquellos componentes que articulan identidades múltiples y multifacéticas, autopercepciones cambiantes, móviles e, incluso, contradictorias y virtuales. La nación, en este sentido, más que concebirse como una realidad objetiva y objetivable, un conjunto, un catálogo o conciencia temprana, se indaga en tanto formas de situarse cultural e históricamente. Lo que aquí se inquiriere es en qué medida tales búsquedas de un lugar en el mundo durante la centuria decimonónica, más que obedecer a estructuras predeterminadas, respondieron a la situación misma en la cual dicho emplazamiento fue requerido. De ahí que –lo mismo si se concibe la nación como una “comunidad imaginada”, “tradiciones inventadas” o unas preexistencias milenarias– no es de interés de este trabajo rescatar unas doctrinas, ciertas imposiciones “desde arriba”, pensamientos o ideologías sobre la nación, sino advertir las fronteras culturales y simbólicas surgidas desde el choque con lo distante y lo extraño. Evidentemente este interés investigativo no niega ciertos rasgos objetivos a partir de los cuales las comunidades nacionales se reflejan (lenguas, memorias históricas, geografías, costumbres, etc.): justamente lo que se busca es examinar cómo dichos elementos se refuerzan,

se ponen en cuestionamiento, se alteran y se contradicen al enfrentar una experiencia de viajes, así como el consiguiente distanciamiento geográfico y cultural que ello supone.

La noción de viaje en tanto experiencia resulta fundamental a fin de tratar la cuestión de identidad nacional como un campo de dispersión simbólica. Eric Leed sustenta que el viaje se conforma como la experiencia paradigmática por excelencia: el modelo que de manera directa y genuina pone a los sujetos frente a los límites de su propio espacio cultural. E, incluso, atendiendo al aspecto etimológico, Leed advierte una vinculación entre ambos elementos. En efecto, el entrecruzamiento de los vocablos 'experiencia' y 'viaje' arroja uno de los primeros conceptos de la noción de desplazamiento: cambio, puesta a prueba, experimentación, dudas. De modo que el ingrediente perturbador y transformador del viaje logra hacer visibles aspectos que normalmente pasan desapercibidos en el hábitat original<sup>10</sup>.

Finalmente, es de importancia remarcar aquí la propuesta de estudiar dos países en tanto "experiencias cruzadas". Si bien es considerablemente complejo comparar realidades históricas tan disímiles como la chilena y alemana, resulta muy provechoso enfrentarlas. Esto no significa el igualarlas, sino, más bien, el asumir sus diferencias, para, desde allí, establecer paralelos. De esta forma, se pueden observar, a través de estos puntos de referencias, aspectos que un estudio sólo circunscrito a un ámbito nacional difícilmente puede advertir: el papel que la procedencia del viajero representa en su noción de identidad nacional (como aquí se verá, no es lo mismo ser viajero alemán en Chile que chileno en Alemania); las vinculaciones con ciertas tradiciones y esferas institucionales; aspectos religiosos, etcétera.

#### VIAJES E IDENTIDAD NACIONAL EN EL SIGLO XIX

Desde hace algún tiempo ciertos estudiosos se han percatado del cruce histórico ocurrido durante el siglo XIX entre el discurso del viaje y la representación o construcción de una identidad nacional. En dicho período, considerado como una etapa clave en la conformación de un discurso de identidad nacional, la pregunta por la existencia de una cultura propia, una identidad colectiva o "conciencia de un nosotros", adquirió una orientación política inédita. Aquello se enmarca dentro de lo que Eric Hobsbawm ha denominado el nacimiento de la nación moderna occidental<sup>11</sup>.

<sup>10</sup> Eric J. Leed, *The Mind of the Traveler. From Gilgamesh to Global Tourism*, pp. 5-7.

<sup>11</sup> Véase en relación con el caso estadounidense a Marguerite S. Schaffer, *See America First: Tourism and National Identity, 1880-1940*. Para Gran Bretaña, véase Marjorie Morgan, *National Identities and travel in Victorian Britain* y Brian Dolan, *Exploring European Frontiers. British Travellers in the Age of Enlightenment*. En relación con Hispanoamérica, véase Frédéric Martínez, *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia. 1845-1900*; Ingrid Fey y

Será precisamente en aquel tiempo cuando los relatos de viaje se inserten dentro de los discursos de la nación. Tal y como lo afirmara Marjorie Morgan, el desplazamiento, al mover a los viajeros desde sus ambientes familiares, los confrontaban con lo ajeno y lo extraño. Dicha confrontación los obligaba a definirse individual y colectivamente. De ahí que el estudio de dichas experiencias conforme un vehículo ideal para escudriñar las formas mediante las cuales éstos representaban su identidad nacional, puesto que el contacto con la diferencia los instaba a representar y a reflejar lo propio. No es que anteriores desplazamientos no hubiesen recurrido a similares autodefiniciones al toparse con pueblos lejanos, sino, más bien, el hecho es que el contexto que rodeaba a los viajeros del siglo XIX se había modificado: la definición de la nación había pasado a constituir una preocupación capital.

Esta intersección de relatos de viaje con identidad nacional aportó otras maneras de representar y definir la identidad nacional de las que es posible observar dentro de las propias fronteras. La construcción, tanto cultural como política de la nación durante el siglo XIX, no funcionó solamente por la vía de factores de inclusión y exclusión al interior del propio país, en categorías tales como: clase, género, etnia, religión y prácticas culturales sino, también, a partir de la referencia de lo que se percibía como distante, extraño. Aquello, de alguna manera, inducía a tomar una posición de diferenciación. De ahí que el estudio de los relatos de viajes ayude a visualizar cómo se articulaba toda una "práctica de la diferencia", puesto que no se trataba de un conjunto de elucubraciones sobre mundos emergiendo de un escritorio, sino de una experiencia de la distancia instalada en medio de espacios lejanos. Esta perspectiva permite analizar de manera privilegiada aquellas prácticas de alteridad que definían lo nacional ante lo ajeno. El viaje se articulaba como una manera de territorializar la nación. La posición adoptada en dichos lugares, la visita de países que exhibían otras formas de vida, de religiosidad e idiomas, todo aquello incidía sobre la representación que se hacía de la identidad nacional. Desde este punto de vista, y siguiendo a François Hartog, la nación se construía como un producto del enfrentamiento de fronteras culturales<sup>12</sup>.

Dicha confrontación, así como también el intento de controlar discursiva y retóricamente lo ajeno, llegó a ser parte constituyente de la definición nacional. La noción de *comunidades imaginadas* que Benedict Anderson ha formulado como parte esencial de la formación de la nación moderna no es concebible

Karen Racine (eds.), *Strange Pilgrimages. Exile, Travel, and National Identity in Latin America, 1800-1990s*. Respecto a Hobsbawm, véase Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition y Nations and nationalism since 1870. Programme, myth, reality*.

<sup>12</sup> Ya desde los trabajos de Edward W. Said, respecto de la invención europea del Oriente, ha quedado demostrado en qué sentido la conformación de la propia imagen se articula desde la configuración del "Otro". Véase Edward W. Said, *Orientalism. Western conceptions of the Orient*, en especial "Introduction". Respecto a Hartog véase François Hartog, *El espejo de Heródoto y Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*.

sin la referencia externa. La creación del “sí mismo”, del “nosotros”, necesitaba una contrapartida que reforzase su propia imagen<sup>13</sup>.

La referencia externa, por otro lado, permite analizar ciertos elementos que normalmente pasan desapercibidos cuando se centra la investigación tan solo en el estudio de los factores locales o internos. En un sentido, los relatos de viajes permiten medir el peso que en las definiciones de lo propio tuvo la percepción del paisaje, la flora, la fauna y la geografía durante el siglo XIX. La vinculación entre geografía y población conformó un aspecto importante en la representación de la nación, partiendo de la premisa que las propias características del paisaje influían, o se expresaban, en las particularidades de los habitantes que allí moraban. *Tierra y gente* se unían en la percepción y el mapa mental de los viajeros<sup>14</sup>.

En otro sentido, la vista de los viajes en pos de estudiar la identidad nacional permite descubrir hasta qué punto influyeron factores afectivos y emocionales, más allá de los meramente políticos, en la representación de la identidad nacional. Los viajeros comúnmente representaban la nación desde aspectos religiosos, comidas y costumbres, por sobre influencias que hubiesen ejercido la propaganda, las ceremonias oficiales o las acciones del Estado. Tal orientación, entonces, permite advertir hasta qué punto la definición nacional también estuvo mediatizada por factores no racionales: sentimientos, temores, prejuicios y estereotipos<sup>15</sup>.

Finalmente, un tercer punto tiene relación con lo que ciertos estudiosos han denominado la “narratividad” de la nación. Lo anterior, sugiere que la definición de la nación, si bien fue un asunto eminentemente político, también se conformó en un esfera literaria. La nación, en este sentido, es analizada desde su textualidad, en tanto metáfora, narración, forma literaria. Ello viene a destacar en qué medida lo que los viajeros del siglo XIX escribieron sobre otros pueblos y, al mismo tiempo, comparado con el propio, tuvo un eco entre los compatriotas, al igual que una proclama política o una constitución. No sólo se trata de la difusión de los relatos de viaje y su efecto en la construcción de una identidad nacional sino, además, de reconocer el inmenso poder simbólico que los textos literarios albergaron en tanto constructor de categorías, estereotipos, afiliaciones, vínculos, etcétera<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Respecto a la definición desde la alteridad, véase Nora Räthzel, *Gegenbilder. Nationale Identität durch Konstruktion des Anderen*.

<sup>14</sup> Morgan, *op. cit.*, pp. 4-5; Fey y Racine, *op. cit.*, p. XVI.

<sup>15</sup> Respecto de la influencia de elementos afectivos en la construcción de la nación, véanse Homi K. Bhabha, *The location of culture*, cap. VIII: “Dissemination” y Etienne François, Hannes Siegreist y Jakob Vogel (eds.), *Nation und Emotion. Deutschland und Frankreich im Vergleich 19. und 20. Jahrhundert*.

<sup>16</sup> Homi K Bhabha (ed.), *Nation and Narration*, pp. 139-170.

Ahora bien, todas estas vinculaciones entre viaje y nación sólo pueden ser entendidas en el marco de profundas transformaciones ocurridas en la propia literatura de viajes. En lo que sigue, se busca delinear tales cambios.

#### EL VIAJE Y SUS RELATOS EN EL SIGLO XIX

A partir del siglo XVIII los relatos de viaje comenzaron a distanciarse de las tradiciones renacentistas. El elemento central en esta cesura no está vinculado sólo con el hecho de que la noción de mística humanista –aspecto fundamental en las travesías anteriores– ocupase ahora un papel secundario en los relatos, sino, también, con que el propio viajero iba estableciendo otras vinculaciones, manifestando nuevos intereses, ocupando inéditos roles sociales. Estas transformaciones del viaje y sus relatos, a su vez, se han vinculado por un lado con los procesos de modernización europeos, así como con la expansión imperial del Viejo Mundo<sup>17</sup>.

A partir del vínculo de los relatos de viajes con dicho escenario histórico se fue conformando un nuevo discurso del viaje, entrelazando tres fenómenos que ocurrieron simultáneamente: el desarrollo de una ciencia experimental; la ampliación de los circuitos comerciales de ciertos países europeos –muchas veces en vinculación con el viaje científico– y el interés de los países empeñados en una política de colonización imperial. Gran parte de los relatos que se escribieron en este período estarán bajo la influencia de una o más de tales variables, cuando no en directa relación con alguna de ellas<sup>18</sup>.

Respecto a tales transformaciones históricas, afirma Ricardo Cicerchia:

“A partir del siglo XVIII los viajeros se lanzaron al intento de trazar el mapa definitivo del mundo. La ilusión partió de una curiosidad científica

<sup>17</sup> En relación con el vínculo relatos de viajes/modernidad, véanse Hartmut Berghoff *et al.* (ed.), *The Making of Modern Tourism. The Cultural History of the British Experience, 1600-2000*; Jás Elsner y Joan-Paul Rubiés (eds.), *Voyages and Visions. Towards a Cultural History of Travel*; Reinhard Heinritz, *Andre fremde Welten. Weltreisebeschreibungen im 18 und 19. Jahrhundert*; Carol Traynor Williams (ed.), *Travel Culture. Essays on what makes us go*; Alfred Optiz, *Reiseschreiber. Variationen einer literarischen Figur der Moderne vom 18-20. Jahrhundert*; Friedrich Wolfzettel, *Le discours du voyageur*; Leed, *op. cit.* Respecto del vínculo relatos de viaje y expansión colonial, véanse Birthe Kundrus (ed.), *Phantasiereiche. Zur Kulturgeschichte des deutschen Kolonialismus*; Steve Clark (ed.), *Travel writing and empire: postcolonial theory in transit*; Anil Bathi y Horst Turk (ed.), *Reisen, Entdecken, Utopien. Untersuchungen zum Alteritätsdiskurs im Kontext von Kolonialismus und Kulturkritik*; Barbara Korte, *Der englische Reisebericht. Von der Pilgerfahrt bis zur Postmoderne*; David Spurr, *The rhetoric of empire: colonial discourse in journalism, travel writing, and imperial administration*; Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*; Sara Mills, *Discourses of difference. An analysis of women's travel writing and colonialism*; Said, *op. cit.*

<sup>18</sup> Friedrich Wolfzettel ha destacado los vínculos entre el viaje comercial y la unificación científica del universo. Véase Wolfzettel, *Le discours...*, *op. cit.*, p. 124.

al servicio de los intereses de la expansión y cierto exotismo romántico. Lo que producía esta mezcla de modernismo y romanticismo no era simplemente la distancia cultural de Europa con el resto del mundo (...), sino la fascinación por la intensidad de la experimentación. Así se legitimaba la voz del observador directo en la producción de saberes, el mecanismo discursivo fundamental en la producción de saberes, seguramente el mecanismo discursivo fundamental de toda literatura de viaje de la modernidad<sup>19</sup>.

En el siglo XIX estos cambios se fortalecieron, no sólo respecto de los vínculos que la literatura de viajes establecía con determinados procesos de expansión europea sino, también, en la forma mediante la cual se percibieron los relatos mismos. Nuevos espacios de validaciones y legitimaciones nacieron, los que buscaron distanciarse de las tradiciones anteriores.

La travesía se asumió como un asunto serio. Los relatos de viaje comenzaron a representar –junto con el sentido literario de los textos que mostraban exóticos parajes, poblaciones y costumbres– un papel utilitario. Cada vez más se escribía un tipo de relato que hacía del lugar visitado una suerte de laboratorio de experimentación científica, a fin de comprobar teorías sobre plantas, animales o similares. Junto a ello, muchos buscaban definir zonas de posible explotación minera, agrícola, etc., así como la descripción de determinadas características de las poblaciones que habitaban tales espacios y sus potencialidades como mercado económico.

El sentido de seriedad del viaje se expresó en una ausencia creciente de referencias personales o autobiográficas. El interés de la descripción se guiaba, más que por curiosidad o interés privado, por lo que el público lector supuestamente esperaba. Los aspectos personales de la travesía –sentimientos, recuerdos, estados de ánimo– más bien se dejaban en los diarios de vida o en las cartas a amigos o familiares. De esta forma, cuando se asumía el escribir el relato en tanto descripción de viajes, se sublimaban ciertas inclinaciones personales, lo que evidentemente no significaba que ello se pudiese alcanzar plenamente o que fuese eliminado de lleno<sup>20</sup>.

Esta disposición del discurso del viaje no sólo concernía a viajeros del Viejo Mundo. Lilianet Brintrup ha destacado cómo el viajero chileno Isidoro Errázuriz, al narrar su vida en Alemania por mediados del siglo XIX, "...controla y reduce su reflexión como una manera de atenuar su subjetividad en provecho de la descripción del cuadro narrado". Lo mismo ha analizado tal autora en otro chileno, Benjamín Vicuña Mackenna, quien, al aproximarse a Irlanda por

<sup>19</sup> Ricardo Cicerchia, "De diarios, mapas e inventarios. La narrativa de viaje y la construcción de la modernidad"; véase del mismo autor, *Journey, Rediscovery and Narrative: British Travel Accounts of Argentina*.

<sup>20</sup> Véase Judith Adler, "Origins of Sightseeing", p. 13.

1855 y recorrer las tierras de sus antepasados, suspende la impersonalidad del relato, arriesgándose a privilegiar su *yo-personal* por sobre su *yo-narrador*<sup>21</sup>.

Si el relato de viaje era definido como un asunto serio e importante, entonces se le asignaba un valor especial a la veracidad de lo que se narraba. La verdad, en este sentido, se legitimaba a partir de la experiencia directa del viajero. Ya no bastaba con describir los paisajes o las costumbres de los pueblos visitados, sino que, además, había que, de alguna manera, dejar en claro que lo relatado correspondía a la realidad. Se advierte aquí un vínculo del relato de viaje con un sentido de objetividad, dado no sólo por la influencia de los viajeros científicos o de las academias de ciencia sino, además, porque los relatos mismos se asumían como algo más que un género literario de entretenimiento o de expresión filosófica. Lo anterior tuvo múltiples consecuencias.

Por un lado, los relatos de viajes dejaron muy explícito tal vínculo con la verdad en prólogos e introducciones. Ello, al igual que la sublimación de los aspectos personales de la travesía, tampoco se redujo sólo al ámbito de los viajeros científicos o, incluso, de viajeros del Viejo Mundo. En relatos tan disímiles como el citado del chileno Benjamín Vicuña Mackenna en Europa y los Estados Unidos, o el del ingeniero alemán Paul Treutler en Chile y Perú, vemos en sus prólogos las mismas directrices.

En el prefacio a su *Diario de viajes* afirma Vicuña Mackenna que dicha obra:

"...tiene un mérito (...): el mérito de la verdad. Reconozco que habría podido escribir una obra interesante sobre los países que he recorrido; pero yo me hago responsable de mi última palabra, no he escrito sino *lo que absolutamente he visto con mis ojos y oído con mis oídos* (...) La verdad práctica, la rara verdad de los viajes vista por mí, y si falible y débil, sincera y leal al menos, es pues el espíritu y la moral de este libro..."<sup>22</sup>.

Por su parte, el germano Treutler usa casi las mismas palabras para referirse a su relato de viajes: "Lo que publico en mi obra 'Quince años en Sudamérica' es lo que *en aquel tiempo vi, escuché, padecí y sentí* y que ahora intento reproducir con la ayuda de mi débil pluma. Todo está descrito con correspondencia a la realidad..."<sup>23</sup>.

En ambos viajeros es posible encontrar el sentido de verdad legitimado desde la posibilidad de encontrarse en el lugar relatado –ubicuidad–, a partir

<sup>21</sup> Lilianet Brintrup, *Viaje y escritura. Viajeros románticos chilenos*, pp. 51-62.

<sup>22</sup> Benjamín Vicuña Mackenna, "Páginas de mi diario durante los tres años de viaje. 1853-1854-1855", pp. 17-18. [El destacado es nuestro].

<sup>23</sup> "Was ich in meinen Werke Fünfzehn Jahre in Süd-Amerika veröffentliche, ist das, was ich in dieser Zeit dort gesehen, gehört, gelitten und empfunden habe und was ich vermöge meiner schwachen Feder wiederzugeben versuche. Alles ist wahrheitsgemäß geschildert..." Paul Treutler, *Fünfzehn Jahre in Süd-amerika an den Ufern des Stillen Oceans*, p. 1. El destacado es nuestro.

de lo visto y escuchado y no centrado en el uso de fuentes secundarias, como podrían ser por ejemplo los informantes o los llamados *cicerones*<sup>24</sup>.

Esta búsqueda de la objetividad no es sólo atribuible al sentido de experimentación que expresaba el discurso del viaje sino, además, a toda una lógica "judicial" que, ya desde el siglo XVII se había instalado en los relatos de viaje. Lo "visto" se constituía como evidencia admisible y razón necesaria para esgrimir un argumento: retóricamente hablando se privilegiaba el ojo por sobre el oído como evidencia admisible y razón para un juicio válido<sup>25</sup>.

De modo que en pos de la objetividad se transformó la estética del relato de viaje. Sólo un tipo de narración que denotase un "ojo bien entrenado" podía legitimarse como objetivo y apegado a la verdad. Esta vinculación estética-objetividad se fundaba sobre el supuesto de que la habilidad de observación y comparación era más importante, y más útil, que la literaria. Aquí la figura del filósofo, del pensador, era reemplazada por el viajero científico del siglo XVII y XVIII. Observación, comparación, así como la habilidad para formular un cuadro general o una representación del mundo, se mostraban como la principal utilidad del desplazamiento<sup>26</sup>.

El hecho de que se instalara el sentido de objetividad, y junto a ello la habilidad para observar y comparar, hizo que el medir y el clasificar lo descrito se fuese convirtiendo en un tipo de valor estético. De ahí que en muchos textos de viajeros se desarrollase todo un instrumental técnico de apropiación de lo observado, a fin de hacer aún más eficiente dicho ojo judicial<sup>27</sup>.

En un sentido, esta búsqueda de elementos comunes de descripción facilitaba la comparación de los espacios que los viajeros recorrían. El hecho de utilizar –o, más bien, de anhelar– un instrumental de descripción cumplía la función de unificar el entrenado ojo judicial, conformando una verdadera comunidad de observadores regidos bajo parámetros similares. En otro aspecto, ello permitía neutralizar la narratividad del relato, o el peligro de hacer de éste un artefacto literario, como una forma de asegurar su posterior uso en esferas científicas o mercantiles.

Finalmente, la utilidad del relato de viaje durante el siglo XIX se manifestó de múltiples formas: a partir de los diferentes intereses que movían a los viajeros a desplazarse –científicos, comerciales, artísticos, etc.–, así como también desde los variados tipos de textos y de narraciones.

Por un lado, dicha utilidad se expresaba como un instrumento pedagógico, puesto que al describir tierras lejanas era posible encontrar ejemplos de

<sup>24</sup> Lilianet Brintrup, ha hecho notar en qué sentido los viajeros hispanoamericanos del siglo XIX criticaron a los viajeros europeos que escribieron sobre lugares en Sudamérica que nunca visitaron. Véase Brintrup, *op. cit.*, pp. 3-4.

<sup>25</sup> Adler, *op. cit.*, pp. 6-7. Sobre lo mismo Wolfzettel, *Le discours...*, *op. cit.*, p. 124. Este último autor vincula tal posición de los viajeros con lo que Michel Foucault ha denominado *l'âge du jugement*. Véase Michel Foucault, *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*.

<sup>26</sup> Leed, *op. cit.*, p. 75.

<sup>27</sup> Adler, *op. cit.*, p. 16.

lo que un país debía o no debía hacer o en relación con cómo comportarse enfrentado a determinadas situaciones que amenazaban la integridad física o moral. Por otro lado, el relato de viaje se articulaba como un instrumento científico, haciendo de la travesía todo un laboratorio de experimentación, refutación o comprobación de teorías. Viaje y relato alcanzaban nuevas fronteras, otros vínculos.

## DOS EXCURSOS TEÓRICOS

Para este trabajo son dos las premisas teóricas necesarias de aclarar, puesto que, de alguna manera, representan las bases sobre las cuales es posible concebir una investigación que busque abordar el vínculo entre relatos de viaje e identidad nacional. Una de ellas consiste en el problema de la nación en tanto construcción: ¿en qué sentido y bajo qué condiciones son las naciones una construcción histórica? Lo segundo está referido a la posibilidad de estudiar los relatos de viajes como fuente historiográfica: ¿qué tan confiables y útiles resultan los relatos de viajes a fin de desarrollar una investigación histórica?

### *Construyendo naciones*

La noción de que las naciones son construcciones se ha constituido en los estudios históricos de la última década casi como una premisa a la hora de abordar una investigación sobre el tema. La perspectiva de una nación en tanto comunidad imaginada, tradición construida o mito, principalmente a partir de los trabajos de Eric Hobsbawm y Benedict Anderson, ha originado una serie de trabajos que buscan indagar los inventos o construcciones de naciones tanto en América como en Europa. Tales trabajos y perspectivas, si bien han instalado nuevos campos en el quehacer historiográfico, no dejan de ser cuestionables. Lo preocupante reside en las simplificaciones, las aplicaciones forzadas del modelo, así como en el tomar tales nociones como un canon de estudio. No pocos seguidores de Hobsbawm y Anderson han tendido a reducir los procesos históricos que originaron las naciones modernas a simples mecanismos de invención o imposiciones sin más de un grupo social hegemónico por sobre los otros<sup>28</sup>.

Ahora bien, ¿qué implicaciones teóricas posee el concebir las naciones como construcciones?

La noción de constructo, en primer lugar, supone una idea no esencialista de nación. Lo anterior, se fundamenta en que la nación, así como sus diferentes afiliaciones, no siempre ha existido, que posee una temporalidad y, por lo tanto, un origen históricamente rastreable. De ahí que se busque investigar las

<sup>28</sup> Véase Hobsbawm y Ranger (ed.), *The invention...*, *op. cit.*; Eric J. Hobsbawm, *Nations and nationalism since 1870. Programme, myth, reality*; Anderson, *op. cit.*

variadas y contradictorias posibilidades que se han dado para conformar una nación, más que una cierta esencia o naturaleza humana que la haya hecho emerger. Por ello, los estudios históricos al respecto han privilegiado el análisis de los poderes que dieron forma a las naciones modernas, en un escenario político y social de enfrentamientos múltiples<sup>29</sup>.

Evidentemente, tal concepción no esencialista de nación choca con las visiones nacionalistas que más bien la visualizan como una realidad objetiva: en tanto entidad transhistórica. De ahí que quienes asumen dicha última posición vean emerger las naciones, incluso, antes de la constitución de los movimientos que dan cuerpo político a los países, investigando los orígenes o los estados protonacionales ya desde épocas remotas. El problema de los orígenes, se asuma o no una perspectiva esencialista, llega a ser primordial. De hecho, tal y como lo afirma Mona Singer, los investigadores, en el caso de que acepten la noción de naciones construidas, se ven confrontados con la paradoja de analizar un fenómeno histórico relativamente reciente y que, sin embargo, en muchos casos encuentra sus bases históricas en sistemas político-filosóficos de larga data. Ello complica a la hora de decidir desde qué temporalidad iniciar el estudio de las naciones modernas, así como también el privilegio de ciertos elementos, por sobre otros<sup>30</sup>.

En segundo lugar, el analizar la nación como constructo supone que ésta constituye una realidad imaginaria y simbólica, más cercana al mundo que los actores sociales crean que a una cierta naturaleza humana universal. Es decir, que a pesar de conformarse a partir de fenómenos sociopolíticos, básicamente es un producto de los imaginarios sociales. Sin embargo, y a pesar de este carácter simbólico, *existe* en tanto artefacto cultural, al igual que otras entidades elaboradas históricamente. Desde tal punto de vista la nación moderna sería, siguiendo a Anderson, una comunidad política imaginada. Los habitantes de un país no conocen a la mayoría de sus connacionales, sin embargo, existe en cada uno de ellos una idea formada de los otros, así como de que juntos conforman una comunidad<sup>31</sup>.

¿Qué posibilita, según Anderson, que una nación pueda conformar tales espacios de integración? Aquí se observan tres aspectos que caracterizan el poder unificador de una nación: en tanto es *limitada*, lo que implica que se ve imposibilitada de integrar universalmente a todos los hombres, como la antigua idea de que la cristiandad suponía; en tanto es *soberana*, dado que sus actos políticos no tienen otra fuente más que ella misma y en tanto conforma una *comunidad*, es decir, un grupo que posee elementos en común –idioma,

<sup>29</sup> Al respecto he tomado algunas ideas de Tomás Pérez Vejo, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, pp. 15-18.

<sup>30</sup> Véase Mona Singer, *fremd. Bestimmung. Zur Kulturellen Veortung von Identität*, p. 92. Eric Hobsbawm claramente sitúa el nacimiento de las naciones modernas en el siglo XIX. Véase Hobsbawm, *Nations... op. cit.*, p. 18.

<sup>31</sup> Anderson, *op. cit.*, p. 14.

costumbres, religión, etc. – que lo unen así como lo distinguen de otros grupos. El enfocar sólo la dimensión política de una nación imposibilita el apreciarla en toda esta complejidad político-cultural. De ahí que Anderson busque las raíces culturales de la nación moderna no sólo en filosofías políticas sino en especial en las antiguas comunidades religiosas y dinastías europeas de los siglos XVII y XVIII. Con ello se busca analizar en qué sentido éstas crearon sistemas de signos, religiosos y políticos, a partir de los cuales se instalaron las naciones modernas desde comunidades seculares imaginadas<sup>32</sup>.

Si suponemos que la comunidad se imagina a sí misma, entonces, cobran aquí relevancia los procesos de constitución de tales entidades. Al respecto, Anderson pone énfasis en la importancia de los medios impresos, en el sentido de que éstos hicieron posible la idea secular de una comunidad lingüística. Ya sea en América hispana y anglosajona –donde los criollos desde el trabajo impreso delinearon las ideas de nación y republicanismo–, ya en Europa –a partir de las historias nacionales, las modernas gramáticas y diccionarios–, el hecho de imprimir y distribuir los textos se volvió crucial para la conformación de las comunidades imaginadas. El ámbito público es donde tales imaginaciones se crearon, a partir de unos grupos que se articulan desde la prensa, la literatura, etc. La nación, en esta dirección, es analizada en tanto artefacto cultural, entidad que es reproducida por un sinnúmero de otros tipos de textos, tales como las novelas y los periódicos.

En tercer lugar, el análisis de nación, como una construcción, enfatiza el hecho de que las naciones modernas son inventos históricos. Tal noción de invento aquí adquiere otras dimensiones al eliminarse su connotación peyorativa o de falsedad y subrayando: “...lo que toda invención tiene de proceso creativo, incluso de formas de conocimiento y, sin duda alguna, de creación de formas de estar y de entender el mundo”<sup>33</sup>.

Evidentemente, aquí la noción de invento no es puesta en contraposición a supuestas naciones *verdaderas o naturales*, que hubiesen sido reemplazadas por estos artefactos ficticios.

Hobsbawm ha definido las “tradiciones inventadas” en tanto mecanismos de continuidad con un pasado ficticio. De ahí que los procesos que logran vincular nuevas situaciones históricas con un pasado real o inventado, por mecanismos de *cuasi repetición obligatoria*, se constituyen en un elemento importante<sup>34</sup>.

Ahora bien, Hobsbawm busca diferenciar tales tradiciones inventadas respecto de costumbres, convenciones y rutinas. En este sentido, las tradiciones inventadas de las naciones modernas se perciben esencialmente como un proceso de formalización y ritualización, caracterizado en referencia al pasado,

<sup>32</sup> Anderson, *op. cit.*, p. 16. Aquí sigo la lectura que al respecto realiza Ulrich Mücke, “La desunión imaginada. Indios y nación en el Perú decimonónico”. pp. 219-232. Al respecto véase Anderson, *op. cit.*, capítulo II: “Cultural Roots”.

<sup>33</sup> Pérez Vejo, *op. cit.*, p. 13.

<sup>34</sup> Hobsbawm, *The invention... op. cit.*, p. 1.

pero sólo si es impuesto por mecanismos de repetición. Tales mecanismos son instalados en ámbitos públicos, transformando prácticas tradicionales, convenciones y rutinas, a fin de modificarlas, ritualizarlas e institucionalizarlas para nuevos propósitos nacionalistas. En la base de tales nociones se encuentra el sentido constructivo de los grupos elitarios, quienes, a partir de un verdadero ejercicio de ingeniería social, logran la cohesión de la población desde un proceso generado y producido desde arriba.

Ahora bien, estas nociones respecto a la construcción, invento o imaginación de la nación no han estado exentas de críticas y reparos. Anthony Smith observa que el concepto *imaginación* o *imaginario* carece de una precisión: ¿en qué sentido imaginación es una creación?, ¿en qué medida adquiere el significado de ilusoria o fabricada? Si es imaginada, ¿responde a procesos mentales individuales? De ser así –es decir, procesos individuales de fabricación mental– la nación no sería otra cosa que un artefacto construido desde otros artefactos culturales –novelas, historiografía, prensa–. En otras palabras: la nación sería la suma de unas fragmentaciones individuales. La nación, en este sentido, dependería de las imágenes y representaciones de sus constructores. Mónica Quijada, analizando la nación Hispanoamericana del siglo XIX, conforma un buen ejemplo de lo que, al respecto, Smith critica:

“...si en algún proceso de construcción nacional hubo auténticos ‘nation-builders’, individuales e individualizables, esos fueron los hispanoamericanos. Ensayistas, historiadores y literatos compaginaron sus horas de reflexión y producción escrita con las más altas responsabilidades políticas. En esa doble capacidad, ellos “imaginaron” la nación que querían y a esa imaginación aplicaron sus posibilidades de acción pública (...) desde la conducción militar a carteras ministeriales y, en más de un caso, el propio sillón presidencial”<sup>35</sup>.

Lo que resulta problemático para el caso del siglo XIX son ciertos acentos desde los cuales la nación es definida. La nación vista sólo como lo que *unos* imaginan –aunque luego lo lleven a la práctica gubernamental– pone un énfasis en el papel primordial de los grupos elitarios. Ellos se constituyen en el actor principal de las naciones a partir de su voluntad constructivista. Evidentemente esto trae como consecuencia varios presupuestos.

En primer término, resulta primordial la tarea escrita de tales *nation-builders*. Los textos se constituyen en la herramienta, así como en la vía de acceso, que posibilita que las definiciones de nación lleguen a la población. Evidentemente aquí no se considera la cantidad de personas que en un período como el siglo XIX podía leer, ni menos a otros modos de representación cultural como los

<sup>35</sup> Mónica Quijada, “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario del siglo XIX”, p. 16; Anthony Smith, *Nationalism and Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*, p. 129.

orales, los que muchas veces primaron frente a la cultura escrita. Sabido es que esta última ha estado por mucho tiempo confinada a grupos muy reducidos. Si sólo se destaca el papel de la cultura impresa y literaria: ¿cómo explicarse el traspaso de tales ideas a otros grupos sociales?

En otro sentido, se sobreestima la noción de que las naciones fueron construidas desde “arriba”. Desde tal punto de vista, las masas son entes meramente pasivos, manejados por la *Intelligenza*. Debido a lo anterior, los aspectos culturales de tales grupos como, por ejemplo, tradiciones orales o prácticas religiosas, no tienen relevancia alguna para el estudio de la nación.

Aquí se instala un punto de vista muy racionalista de la conducta humana: las masas son simples receptoras, quienes se mueven guiadas por la razón que emerge de la cultura escrita. Por su parte, las elites, quienes son las llamadas a construir tales instrumentos de conformación de naciones, expresan una notable eficacia racionalista de manipulación. La posibilidad de que cientos de personas durante el siglo XIX –ya en Europa como en Hispanoamérica– estuviesen dispuestas a morir por su nación, o que la defendiesen, no puede ser explicada sólo por la propaganda y las acciones de los grupos dominantes o por el poder hegemónico del Estado-nación.

La noción de tradición como invento –en el caso de que invento remita a una acción deliberada y consciente de unas elites– tiende a simplificar y hasta ignorar el conjunto de relaciones entre viejas y nuevas tradiciones culturales. Es cierto que las elites y los intelectuales inventan elementos comunitarios deliberadamente, seleccionando y combinando viejas con nuevas tradiciones. Sin embargo, ello lo realizan bajo estrictos límites. Tales límites son seleccionados por la cultura, o las culturas, de los grupos en cuestión: su lenguaje, leyes, música, símbolos, memorias, mitos, tradiciones, etc. El definir *inventos* tan sólo como un acto mecánico, racional y automático no tiene relación con las complejas maneras mediante las cuales las ceremonias se relacionan con antiguas prácticas, así como las formas a partir de las cuales éstas son recepcionadas. El problema radica en considerar las invenciones como un proceso de creación *ex-nihilo*. El punto de vista de Smith es clarificador: toda construcción requiere de una red cultural y social preexistente<sup>36</sup>.

El ritual y la propaganda muchas veces expresan y multiplican sentimientos, clichés o juicios preexistentes, así como componentes étnicos, religiosos y familiares. En el caso de los países *nuevos* –como los hispanoamericanos o hasta la misma Alemania del siglo XIX– no surgen de la nada: se crean sobre las bases de la cultura previa o de la comunidad étnica dominante, que tiene mayores resonancias en la mayoría de la población. Los intelectuales reconstituyen y reinterpretan, no sólo imaginan. No basta con detenerse en la mente de los inventores, resulta además necesario establecer los mecanismos –sean éstos literarios, educativos, etc.– que relacionaron tales nociones con fenómenos

<sup>36</sup> Smith, *Nationalism...*, *op. cit.*, p. 130.

previos, aunque estos últimos sean inventos anteriores, así como los límites y los alcances de tales constructos.

Finalmente, los elementos no racionales, afectivos o hasta sentimentales también representan un papel en la construcción y representación de la identidad nacional. ¿Cómo incluir aquí aspectos axiológicos, religiosos, sentimientos de inferioridad o superioridad? ¿Es que acaso la nación es sólo racional, masculina, elitaria? Por otro lado, ciertos elementos a menudo dejados de lado por sus connotaciones negativas, como los prejuicios, los temores y los estereotipos, también conforman factores de creación comunitaria, tanto como aquellos catalogados como “positivos”. ¿De dónde viene aquello de incluir como parte de la creación nacional sólo a ciertos aspectos considerados como *elevados* o *grandiosos*? ¿Qué papel pudieron haber representado otros elementos, tales como prácticas xenofóbicas o segregaciones? Finalmente, el aceptar el aspecto constructivo de las naciones no debiera obnubilar la dimensión dialogal, las transacciones culturales y las traducciones –en un sentido amplio del término– que toda conformación nacional supuso. Lo otro es ver los acontecimientos como pesadas estructuras: cuasidestinos de una fatalidad histórica inevitable.

#### *Los relatos de viajes como fuente histórica*

Gerhard Huck analiza las dificultades que implica el situar la literatura de viaje como fuente historiográfica. De partida está la definición de tal conjunto: ¿qué es realmente literatura de viaje? Se trata de un conglomerado de textos –ficticios y reales– que aparecen en relatos, informes, novelas, artículos de prensa, etc. Algunos se sitúan como diarios o cartas, otros como narraciones aparecidas en forma de libros e, incluso, muchos llegan a quedar inéditos. En este sentido, Huck hace notar una falencia de los estudios históricos, al no definir con suficiente precisión tipologías u otros elementos ordenadores que permitan sistematizar y, por ende, que ayuden a utilizar tal material historiográficamente. Debido a lo anterior es que los relatos de viaje, al menos los que se sitúan como no ficticios, no han podido conformar claramente un punto de apoyo como fuente para la historia<sup>37</sup>.

Según Huck, la literatura de viaje no ha sido realmente abordada por la investigación histórica, la que, hasta ahora, no ha sacado mucho provecho

<sup>37</sup> Gerhard Huck, “Der Reisebericht als historische Quelle”. En relación con el relato de viaje como fuente histórica véase, además, Valéry Berty, *Littérature et voyage au XIX siècle. Un essai de typologie narrative des récits de voyage français en orient au XIX siècle*, Michael Maurer (ed.), *Neue Impulse der Reiseforschung*; Ulla Siebert, *Grenzlinien: Selbstrepräsentation von Frauen in Reisetexten, 1874 bis 1914*, pp. 42-69; Ottmar Ette, “Est-ce que l’on va? Dimensionen, Orte und Bewegungsmuster des Reiseberichts”; Peter Brenner, *Reisen in die Neue Welt: die Erfahrung Nordamerikas in deutschen Reise- und Auswandererberichten des 19. Jahrhunderts*, en especial “Introducción” y *Der Reisebericht in der deutschen Literatur: Ein Forschungsüberblick als Vorstudie zu einer Gattungsgeschichte*; Magnus Mörner, “Europäische Reiseberichte als Quelle zur Geschichte Lateinamerikas von der zweiten Hälfte des 18. Jahrhunderts bis 1870”.

de ésta. Cuando ello ocurre, más bien se lo hace, por un lado, tomando la literatura de viaje desde un particular interés temático, por ejemplo, para la historia del transporte o de las comidas. En otro sentido se la utiliza de forma aislada, localizando su interpretación bajo un limitado tipo de preguntas. Con relación a lo anterior, dicho autor sostiene que, a partir del tradicional punto de vista respecto del sentido de las fuentes para la historia desde los principios teóricos heredados del *Historismus* alemán decimonónico, la literatura de viaje ha ocupado más bien un lugar marginal. Si bien la historia cultural le ha otorgado un papel importante como fuente para el estudio de la vida cotidiana, así como la historia de la técnica la ha utilizado para reconstruir procesos de pensamiento científico o desarrollo de tecnologías, no ha sido vista como una fuente confiable. ¿Dónde radica el problema?<sup>38</sup>

Una de las dificultades reside en las múltiples formas que la literatura de viajes presenta, como también en su gran dispersión cualitativa. Lo anterior torna muy complicada su utilización como fuente histórica, en especial cuando el relato de viajes no desea leerse en tanto experiencias de un sujeto, sino, más bien, como un conjunto de informaciones respecto del mundo que el viajero objetivamente vio. En efecto, cuando el interés investigativo no se centra en el autor del relato y sus particulares interpretaciones de las cosas, sino en las *cosas* reconstruidas por éste, el relato de viaje resulta, por decir lo menos, problemático. A ello se suman los intereses literarios y estéticos del viajero, como también ciertas distorsiones perceptivas, lo que finalmente acaba por quitarle validez a tales textos. El resquemor reside en la posibilidad de que lo descrito por el viajero sea el resultado de representaciones totalmente ajenas a lo que éste efectivamente pudo haber observado y, por lo tanto, que no reflejen la realidad. Al respecto Brenner se cuestiona si tiene sentido, a la luz de todo lo discutido en estos últimos años sobre textualidad y escritura, buscar detrás de los relatos de viajes un “mundo objetivo” o las “cosas por sí mismas”<sup>39</sup>.

Se puede afirmar, a partir de la cuestión que Huck y Brenner instalan, que lo anterior se relaciona con el sentido de testimonio que se le exige a las fuentes históricas. Si se parte del supuesto de que una fuente es un medio de acceso a una realidad histórica exterior y autónoma, cuya existencia se sitúa al margen de los investigadores, resulta lógico que se ponga en tela de juicio los relatos de viaje al considerarlos un producto subjetivo de un autor y, por lo tanto, muy expuestos a tergiversaciones y falsificaciones. Dado que los relatos de viaje son tomados como fuente de información de los lugares que el viajero describe, toda desviación de éste respecto de lo visto llega a conformar un problema que afecta la calidad del texto como fuente histórica. Las mentiras, los errores de apreciación, la primacía de los intereses personales, son riesgos ante los cuales el historiador, en su calidad de científico, debe estar alerta<sup>40</sup>.

<sup>38</sup> Huck, *op. cit.*, p. 30.

<sup>39</sup> Brenner, *Reisen...*, *op. cit.*, pp. 6-8.

<sup>40</sup> Véase Zweder von Martels (ed.), *Travel fact and travel fiction: studies on fiction, literary tradition, scholarly discovery and observation in travel writing*.

En este sentido es que los relatos de viajes son catalogados por los historiadores como un medio muy delicado que una y otra vez deben ser neutralizados o cotejados con otros escritos de la época. Según Ette, hasta ahora tales textos han sido cuestionados como documento de la realidad, a partir de su empiricidad, como una *narratio vera*<sup>41</sup>.

Ahora bien, aquí es posible instalar una dimensión diferente si los relatos de viajes son asimilados de otra manera, en relación con otros fines: no como fuente para los países descritos o con relación a la fantasía literaria de su autor, sino, simplemente, como testimonio del tipo de pensamiento de su autor e, indirectamente, de la mentalidad de su país de origen<sup>42</sup>.

En efecto, si se utilizan dichos textos desde una doble entrada analítica —como fuente para el estudio de los países que los relatos describen y en relación con ciertas características del autor que se translucen en tales descripciones— entonces éstos dejan de ser estudiados tan sólo como un conjunto de informaciones de lugares descritos. En tal dirección, los relatos de viaje pueden llegar a constituir un lugar privilegiado para analizar otros aspectos, tales como percepciones sociopolíticas, conformación de identidades y alteridades, prejuicios, estereotipos, etc., que los propios viajeros evidencian en sus relatos. Junto con lo anterior, es posible incluir también el análisis de las posiciones que éstos asumen entre pueblos extraños: sus motivaciones e intereses, sus maneras de clasificar lo ajeno, los argumentos que exponen a la hora de explicarse las diferencias entre tales espacios y su tierra natal.

Analizar los relatos de viajes desde estas perspectivas pone en evidencia el doble carácter que para la historiografía tales escritos representan. En palabras de Cornelius Neutsch: en el intento de valorar la utilización de la literatura del viaje como fuente para la historia social y económica llama la atención su ambivalencia. Por un lado informan sobre la región que es recorrida, al mismo tiempo que reflejan, por otro lado, las múltiples relaciones sociales del autor. Ambas variables se encuentran frecuentemente en una estrecha relación<sup>43</sup>.

Ahora bien, el definir una investigación que tome los relatos de viaje como una manera de acercarse no sólo a lo que los viajeros describen sino, también, a sus categorías de análisis, supone analizar con mayor detención el *yo* del viajero. Éste puede ser visto como un testimonio de un tipo de pensamiento que expresa el autor, el cual, directa o indirectamente, puede remitirse a su lugar de procedencia<sup>44</sup>.

Neutsch ha mostrado cómo es posible utilizar tal orientación investigativa dentro de la especialidad de la historia de las mentalidades, a partir de

<sup>41</sup> Ette, "Est-ce...", *op. cit.*, p. 45.

<sup>42</sup> Huck, *op. cit.*, p. 2.

<sup>43</sup> Cornelius Neutsch, *Reisen um 1800. Reiseliteratur über Rheinland und Westfalen als Quelle einer sozial- und wirtschaftsgeschichtlichen Reiseforschung*, pp. 7-8.

<sup>44</sup> Neutsch, *op. cit.*, p. 37. En relación con el vínculo entre relatos de viajes y el *yo* del autor, véase Casey Blanton, *Travel writing: the self and the world*; Ette, "Est-ce...", *op. cit.*, pp. 47-49. Con relación a una tipología del *yo* del viajero, véase Berty, *op. cit.*, pp. 116-134.

estudios realizados sobre relatos de viajes escritos en las regiones de Rheinland y Westfalen en Alemania. En tales textos, Neutsch nota las diferentes representaciones que los viajeros utilizan para describir dichas regiones. Aquí se advierten prejuicios, estereotipos, visiones sociales como, también, ciertas críticas sociales de corte ilustrado a la situación del lugar a comienzos del siglo XIX<sup>45</sup>.

Enfrentado a dicha investigación histórica, Neutsch discute las dificultades de trabajar los relatos de viajes desde tales perspectivas. Si se consideran sus diferentes cualidades, sus formatos y sus orígenes resulta difícil el reunirlos y ubicarlos bajo un mismo análisis comparativo. A lo precedente se suma el complejo proceso comunicacional entre el autor, las presiones de los editores y sus posibles mecanismos de censura. Lo anterior, sumado a las características del público lector, dificulta su reconstrucción histórica. A pesar de ello, Neutsch se muestra partidario de su utilización, puesto que, no obstante, las dificultades que tal género suscita y de las dudas respecto de su valor como fuente historiográfica, éste pone en evidencia algunas de las preocupaciones centrales que movieron a la gente en los comienzos del siglo XIX como ninguna otra fuente puede llegar a hacerlo. Apoyando su punto de vista en Wulf Wülfing llega a afirmar que, a pesar de todos los escollos metodológicos, la literatura de viajes continúa siendo uno de los medios más seguros para acercarse a la realidad pasada<sup>46</sup>.

Michael Maurer, analizando la complejidad del tema, afirma que la combinación de la historia de las mentalidades con los relatos de viajes pone dos tipos de preguntas, articulando sendas direcciones: o se investiga qué mentalidad pudo haber tenido una persona como para trasladarse y cómo su mentalidad se transformó a través del viaje o se toma el relato sobre el viaje como testimonio de una mentalidad y sus cambios. Evidentemente ambas direcciones se pueden complementar: los relatos de viajes pueden ser vistos como testimonio, tanto de las transformaciones que el viajero evidencia durante el trayecto y sus cambios una vez que el viaje hubo finalizado, así como respecto de los motivos que lo impulsaron a desplazarse<sup>47</sup>.

Ahora bien, metodológicamente hablando, se instala una duda para la historiografía: ¿hasta qué punto los relatos de viajes reflejan sólo el *yo* del viajero y, por tanto, poco se relacionan con fenómenos sociohistóricos?

En primer lugar, el hecho de analizar el *yo* del viajero no implica, en ningún caso, que el trabajo se concentre exclusivamente sobre la personalidad de un escritor en sí misma. Ningún relato de viaje es sólo un asunto autobiográfico. Tal como lo expone el mismo Maurer, no se trata de mentalidades aisladas sólo

<sup>45</sup> Neutsch, *op. cit.*, p. 8. Respecto al valor de los viajes como fuente histórica véase, asimismo, a Peter Burke, *Formas de historia cultural*, pp. 127-146.

<sup>46</sup> Wulf Wülfing, "Reiseliteratur". En este caso, tomado de Neutsch, *op. cit.*, p. 38.

<sup>47</sup> Michael Maurer, "Reisen interdisziplinär— Ein Forschungsbericht in kulturgeschichtlicher Perspektive", pp. 395-404.

en contacto con sus preocupaciones y fantasías sino, además, de contenidos socioculturales que los viajeros expresan a través de sus descripciones<sup>48</sup>.

Sobre el punto anterior señala Brenner que en tal crítica se advierte la creencia respecto de una verdadera dicotomía entre "realidad social" y literatura, ignorando que esta última en ningún caso se contrapone a la "realidad" sociocultural; por el contrario, ella es parte integrante, no pudiendo escapar a sus marcos y directrices<sup>49</sup>.

En segundo lugar, un relato de viaje que es escrito una vez en casa se articula con la sociedad que lo consumirá como público lector. Por un lado, éste llena ciertos requerimientos sociales e intelectuales específicos: satisfacción de la curiosidad respecto de pueblos extraños, conocimiento de nuevas especies, evaluación de ciertas posibilidades de inmigración o de explotación de recursos naturales, comparación de sistemas sociales y políticos. Por otro lado, los relatos de viaje se articulan a partir de ciertos puntos de referencia respecto de lo que resulta conocido para el público lector: lo propio, a su vez, cumple una función de medida de evaluación, diferenciación e interpretación. Así, por ejemplo, los ríos se miden en proporción a los del propio país (tanto o más ancho que el Rin, Biobío, etc.); las características de la población, en relación con las propias; las costumbres, bajo la luz de lo que en casa se practica. El mundo desconocido, a menudo, es descrito y neutralizado bajo toda una tipología que se vincula directamente con lo que al público le resulta familiar, cercano y, por tanto, comprensible. De modo que el relato, por más "íntimo" que sea, refleja, se articula y se construye a través y por el espacio sociocultural que está detrás suyo. Así como un juego de espejos, el analizar los relatos de viajes en función del grupo al cual está dirigido o representado, puede aportar tanto o más que cualquier otro texto emanado del propio país, publicado para su consumo interno y que, además, tampoco está exento de dificultades, subjetividades y tergiversaciones.

Arnold Esch, para el caso de la Edad Media, ha demostrado cómo es posible tomar los relatos de viajes y buscar en ellos su historicidad. Aquí lo que no es descrito en forma fehaciente o verdadera tiene tanta o más importancia que lo fielmente relatado. Esch se pregunta: ¿por qué un estilo de construcción eclesiástico es visto desde diferentes perspectivas por distintos viajeros?, ¿por qué unos buscan el origen de tal forma arquitectónica y tratan de determinar su edad y su escuela y otros, más bien, lo vinculan desde asociaciones mitológicas? Un mismo espacio, en un mismo tiempo, puede ser relatado de maneras hasta contradictorias y no tan sólo dadas unas percepciones o intereses disímiles sino, también, porque los lugares culturales y sociales de los viajeros difieren<sup>50</sup>.

<sup>48</sup> En cuanto al relato de viaje como frontera entre ficción y dicción, véase a Ette, "Est-ce...", *op. cit.*, 47-49.

<sup>49</sup> Brenner, *Reisen...*, *op. cit.*, pp. 6-7.

<sup>50</sup> Arnold Esch, "Anschauung und Begriff. Die Bewältigung fremder Wirklichkeit durch den Vergleich in Reiseberichten des späten Mittelalters". En este caso, tomado de Maurer, *Neue...*, *op. cit.*, pp. 397-398.

En tercer lugar, en la orientación del estudio de los relatos de viajes como reflejo de procesos que ocurren en los propios viajeros, resulta importante estudiar la posición retórica que éstos asumen y no sólo el argumento que sustenta sus descripciones: ¿debido a qué se acentúa uno u otro aspecto de la descripción?, ¿ironizan?, ¿cuándo ironizan, destacan u omiten?, ¿qué dejan de lado y buscan omitir? El estudio de dichas posiciones retóricas posibilita visualizar la doble entrada que el viajero evidencia: tanto la percepción de la distancia cultural que lo separa de lo que observa como los intentos de comprenderla y traducirla a algo más familiar<sup>51</sup>.

Finalmente, el registro de los viajes y sus soportes textuales son factores importantes en la utilización de la literatura de viajes como fuente histórica. Un relato que capte el viaje a medida que éste transcurre, como es el caso de las cartas, difiere de uno que se escribe en casa una vez terminada la travesía. En este sentido, es importante explicitar las dimensiones y movimientos que los textos ponen en escena: el tipo de formato que recoge el periplo -carta, memoria, relato, etc.- es tan importante como los aspectos biográficos del viajero. Unos y otros se vinculan la mayor parte de las veces de forma implícita, de ahí la tarea del investigador de sacar a la luz sus imbricaciones<sup>52</sup>.

Sin lugar a dudas, la emergencia de un nuevo campo documental requiere de un conjunto de consideraciones teóricas que lo inserten y legitimen en tanto material para comprender la historia. En este sentido, el presente texto busca, desde la perspectiva empírica, aportar en tales direcciones.

<sup>51</sup> Burke, *op. cit.*, p. 131.

<sup>52</sup> Al respecto, véase Ottmar Ette, "Los caminos del deseo: coreografías en la literatura de viajes".